



Capítulo 642: Hagamos un trato con la diosa Freyja.

Freyja permaneció en silencio durante exactamente un segundo.

Entonces ella se rió.

No fue una risa contenida, delicada o educada.

Fue una risa abierta, clara y vibrante—el tipo de risa que brota del corazón y se extiende por la habitación como ondas en una piscina. El sonido resonó en el jardín del templo, haciendo vibrar las flores, temblar las hojas y el agua misma ondular en suaves círculos.



Reflexivamente se llevó una mano a la boca, con los hombros temblando levemente mientras reía genuinamente —no por ironía, no por desdén, sino por genuina sorpresa.

"Ah..." dijo entre risas, respirando profundamente para recuperar el aliento.
"Así que eso es todo."

Freyja volvió a mirar a Vergil, ahora con un brillo diferente en sus ojos ámbar. No era deseo. No fue una provocación. Era pura curiosidad —la rara atención de una diosa que lo había visto todo... y sin embargo acababa de encontrar algo nuevo.

"Han pasado miles de años," continuó, todavía sonriendo, "miles en verdad... desde que alguien me miró sin intentar poseerme, sin intentar resistirme a mí, sin intentar demostrarse algo a sí mismo."



Ella inclinó ligeramente la cabeza y lo estudió mientras uno observa un fenómeno improbable.

"No apartaste la mirada."

"No intentaste acercarte."

"No intentaste alejarte."

La sonrisa de Freyja se amplió aún más.

"Simplemente... decidiste."

Zafiro cruzó los brazos, claramente complacido.

"Te dije que era diferente."

Freyja se volvió hacia ella y sus ojos brillaban de genuina diversión.

"Hiciste muy bien en traerlo, Zafiro." Dijo con una ligera inclinación de cabeza —no sumisa, sino respetuosa. "No me había divertido tanto desde que Loki todavía fingía ser confiable."

Vergil parpadeó una vez.

"...¿Fue eso un cumplido?"



Freyja volvió a reír, ahora más suavemente.

"Fue un regalo."

Colocó sus manos detrás de su espalda, inclinándose ligeramente hacia atrás en el borde de la piscina, dejando que el agua se ondulara alrededor de sus piernas. "¿Tienes idea de lo agotador que es ser constantemente deseado, temido o idealizado?"

Zafiro resopló.

"Sí. Yo hago."

"Por supuesto que sí", respondió Freyja con una sonrisa cómplice. "Por eso sigues libre."

Dirigió su mirada hacia Virgilio.

"Pero tú..." Freyja dijo lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado, "me miró como si fuera simplemente... alguien que existe."

Vergil pensó por un momento antes de responder.

"Porque lo eres", dijo simplemente. "Una diosa, sí. Pero sigue siendo alguien."

La risa de Freyja cesó por completo.

El jardín se volvió más tranquilo—no tenso, sino atento, como si el propio templo estuviera escuchando. Sus ojos ámbar se suavizaron.



"...Interesante," murmuró. "Muy interesante."

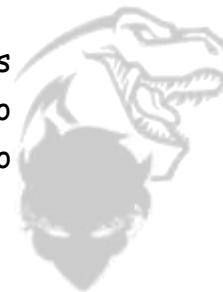
Zafiro inclinó la cabeza hacia un lado y observó la escena con atención calculada.

"¿Ves? No es material para convertirse en esclavo emocional de nadie."

Freyja sonrió levemente.

"No," ella estuvo de acuerdo. "Y eso lo hace peligrosamente... refrescante."

Se levantó del borde de la piscina y el agua se drenaba lentamente mientras sus pies tocaban la piedra. No había prisa en sus movimientos. Cada paso parecía seguir el ritmo natural del lugar, como si el templo hubiera sido construido a su alrededor —y no al revés.



Freyja se detuvo ante ellos, ahora a la misma altura.

"Entonces..." Freyja cruzó los brazos con tranquila elegancia, mientras el agua de la piscina ondulaba suavemente alrededor de sus piernas. La sonrisa en sus labios era serena, pero sus ojos evaluaban todo con antigua precisión.
"Zafiro... ¿qué exactamente has venido a recoger esta vez?"

Zafiro sonrió.

No era una sonrisa cálida.

Fue agudo. Calculado. Satisfecho.



"Ya lo sabes."

Por un momento, Freyja cerró los ojos. No fue un gesto de cansancio—fue aceptación. Una aceptación antigua y pesada, como una deuda escrita mucho antes de que existiera cualquier templo.

"...Por supuesto que lo sé."

Abrió los ojos de nuevo y esta vez la atención cambió. El suave brillo dio paso a algo más atento, más curioso —y peligrosamente divertido— mientras se enfrentaba a Virgilio.

"A pesar de eso..." Freyja inclinó ligeramente la cabeza. "Es difícil imaginar que alguien pueda tomar parte físicamente de mi alma."



Una sonrisa torcida apareció en sus labios.

"Entonces dime, Agares... ¿qué pretendes exactamente al intentar revocar tu recompensa?"

Zafiro no respondió de inmediato.

Ella simplemente sonrió más.

"Compruébalo tú mismo."

Se volvió hacia Virgilio, su voz ahora firme, directa —sin lugar a dudas.



"Baja tus defensas. Ella es confiable."

Vergil miró a Zafiro, preguntándole claramente en silencio: ¿estás seguro?

Ella respondió sólo con una breve sonrisa.

"Por supuesto."

Respiró profundamente.

Y luego empezó.

Una defensa cayó.

Luego otro.

Y otro.

Las capas invisibles de contención se desmoronaron una por una—sellos, filtros, máscaras que comprimieron su presencia y ocultaron lo que realmente existía en su interior.

El aire cambió.

Freyja lo sintió incluso antes de verlo.

Sus hombros se tensaron.



El aura alrededor de la piscina se ondulaba violentamente, como el agua reaccionando a un impacto invisible.

La sonrisa desapareció.

"Zafiro..." La voz de Freyja salió más baja, más profunda. "...¿qué es esto?"

El mundo que la rodeaba reaccionó instintivamente.

Las runas antiguas en las paredes del templo comenzaron a brillar. El bosque alrededor del santuario temblaba, las raíces se contraían, las hojas vibraban como hojas a punto de elevarse.

Vergil parpadeó, confundido por la reacción.

Zafiro, por el contrario, sonrió aún más.

"Me alegra ver que todavía puedes ocultar esto de los ojos de Odín", comentó casualmente. "Sería... problemático si el Padre Todopoderoso se fijara en Virgilio."

Freyja no apartó la mirada de él ni un segundo.

"Aún no me has respondido", dijo ella, con la voz ahora cargada de algo más antiguo que la gentileza.



Zafiro dio un paso adelante, con la mirada fija en la de Freyja. "Estás viendo correctamente." Ella inclinó ligeramente la cabeza. "Las alas aún no han florecido por completo... pero todo está ahí."

La mirada de Freyja se estrechó.

"Un ser capaz de manejar tanto la Luz como la Oscuridad." La voz de Zafiro se volvió baja, precisa y aguda. "El legado de Lucifer."

El silencio cayó como una espada.

Freyja finalmente miró hacia otro lado —por un solo segundo— y dejó escapar un profundo suspiro.

No fue un suspiro humano.

Virgilio lo vio.

Un humo oscuro escapó de los labios de la diosa, mezclado con un brillo antiguo, casi metálico.

"...Ah." Se pasó una mano por la cara. "Odio esto."

El aire en el templo cambió por completo.

La suavidad desapareció. La calidez acogedora se transformó en presión. El agua de la piscina comenzó a vibrar, como si algo se estuviera despertando debajo de la superficie.



Ella ya no era sólo Freyja—diosa del amor, la fertilidad y la belleza cantada por mortales.

Ella era Freyja... la diosa de la guerra, la magia y la muerte.

El aire volvió a cambiar.

Ni suavemente, ni gradualmente—fue un corte.

La luz dorada del santuario parecía retroceder unos pasos, como un ejército que reconoce a un general mayor entrando al campo. Las flores alrededor de la piscina se cerraron ligeramente. Las aguas se volvieron demasiado tranquilas.

Freyja se levantó desde el borde de la piscina.

No había prisa en el movimiento, ni teatralidad. Sin embargo, cada paso que daba llevaba el peso de campos de batalla olvidados, de valquirias caídas, de hechizos lanzados sobre cadáveres que todavía gritaban.

Se enfrentó a Zafiro con ojos ahora más oscuros y profundos.

"¿Te has vuelto loco?"

La pregunta no fue un insulto. Fue una observación estratégica.

"¿Dejar que tal ser exista?" Freyja continuó, su voz ahora cargada de ecos antiguos. "Sabes muy bien lo que les pasa a quienes llevan lo divino y lo demoníaco al mismo tiempo."



Vergil sintió el impacto de esas palabras no como una acusación, sino como historia. No era teoría. Freyja lo había visto suceder. Muchas veces.

"Destrozan mundos", dijo. "Obligan a los panteones a moverse. Despiertan cosas que deberían permanecer enterradas. El cielo nunca tolera... y el abismo nunca comparte."

Zafiro se encogió de hombros.

Literalmente.

"Y, sin embargo, él está aquí."

Freyja entrecerró los ojos.

Zafiro continuó, con irritante tranquilidad:

"Al parecer, el Padre Supremo lo aprobó."

Silencio.

Un silencio pesado, del tipo que sólo existe cuando un nombre no debe pronunciarse a la ligera.

"Además," añadió Zafiro, "Amón tampoco vio ningún problema."



Freyja cerró los ojos por un segundo. Cuando los abrió, había algo diferente allí —no miedo, sino cálculo.

"...Así que eso es todo", murmuró. "Aprobado por el cielo. El infierno consintió."

Virgilio permaneció en silencio, sintiendo que la mirada de la diosa pesaba sobre él no como un juicio, sino como alguien que analizaba una espada rara: demasiado peligrosa para descartarla, demasiado valiosa para romperla.

"Aun así," Freyja dijo, volviéndose hacia Zafiro, "no viniste hasta aquí sólo para mostrarme... esto."

"No," Zafiro respondió rápidamente. "Vine a hacer negocios."

La palabra negocio flotaba en el aire como un contrato colocado sobre una mesa manchada de sangre.

Freyja inclinó ligeramente la cabeza.

"Ya tienes un fragmento de mi alma. ¿Qué más podrías querer?"

Zafiro sonrió—pero esta vez no había ninguna amenaza en esa sonrisa. Había intención.

"No quiero tu alma," dijo ella. "De hecho... vine a intercambiarlo."

Freyja parpadeó.



"¿Comercio?" Ella repitió con cautela.

Zafiro asintió.

"Un fragmento. Por otra cosa."

La diosa cruzó los brazos lentamente, el aire a su alrededor vibraba con magia antigua.

"Continuar."

Zafiro dio un paso adelante.

"Quiero el Brisingamen."

El nombre no resonó.

Se hundió.

La reacción fue inmediata.

Las runas del templo brillaban en respuesta instintiva. El collar —aunque no era visible— respondía a ser mencionado, como si reconociera el peso de la negociación.

Freyja permaneció inmóvil.



"Mi collar," dijo lentamente. "El artefacto que lleva mi esencia. Eso me permite atravesar mundos, esconderme de los ojos divinos, volar entre aviones y ver hilos del futuro incluso antes de que estén tejidos."

Zafiro inclinó la cabeza, satisfecho.

"Ese es."

Vergil sintió un auténtico escalofrío. Esta no fue una petición impulsiva. Fue un movimiento demasiado preciso. Freyja miró fijamente a Zafiro durante largos segundos. Cuando hablaba, su voz era baja y peligrosa.

"Sabes lo que estás pidiendo."

"Lo sé exactamente", respondió Zafiro. "Y sabes lo que estás obteniendo."

La mirada de Freyja cambió por un momento—no hacia Zafiro, sino hacia Virgilio.

Ella lo observó con renovada atención.

"...Así que por eso," murmuró. "No quieres el collar para ti."

Zafiro sonrió levemente. "No."

"Lo quieres para él."

Vergil levantó una ceja y finalmente habló: "...¿Debería preocuparme?"



Freyja soltó una breve risa — sin humor.

"Deberías serlo," respondió ella. "Desde el momento en que naciste así."

Ella volvió su mirada hacia Zafiro.

"Un fragmento de mi alma... a cambio del Brisingamen," dijo lentamente. "Me estás pidiendo que renuncie a una de mis mayores defensas."

Zafiro sonrió y comentó: "¿No quieres dejar este reino de mierda?" Ella cuestionó, después de todo... que la posición de Freyja en el panteón nórdico fuera complicada... Después de todo...

"Zafiro." Ella habló mientras su poder comenzaba a aumentar, "¿Quéquieres decir con eso?"

Zafiro sonrió, "estoy diciendo que... vamos a ganar el torneo celestial y... por supuesto, si nos ayudas podemos... Romper tu maldición."

El cuerpo de Freyja tembló.